

ANO 1 • NUMERO 4 • JULIO, AGOSTO, SEPTIEMBRE 1999 • 500 PTAS. (IVA INCLUIDO) Y PARA CANARIAS €200 • 48 H.S.A.



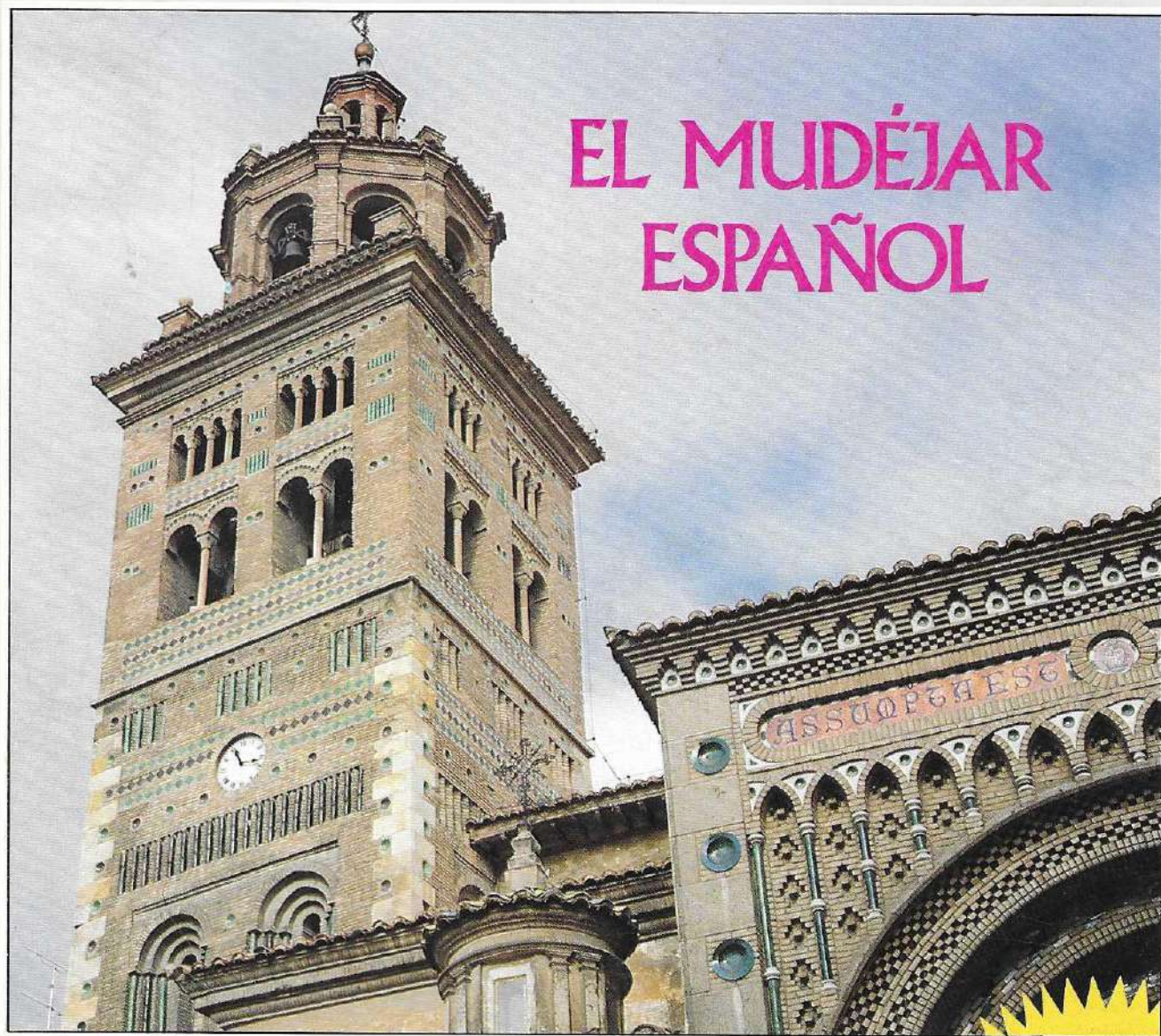
KOINÉ

Revista mensual de
Patrimonio Histórico

JUL., AGO., SEP. 99

4

AÑO I - 500 PTAS.



EL MUDÉJAR ESPAÑOL

EVOLUCIÓN URBANÍSTICA DE ROMA
LA CONDENA DE JESUCRISTO
¿ERROR JUDICIAL ?

ESPECIAL

ITINERARIOS POR
NUESTRO PATRIMONIO

Se ha presentado en Madrid, desde el 11 de Junio pasado, la denominada exposición No-fret-La Bella, que la Fundación Caja de Pensiones organiza y exhibe en sus Salas de Madrid (c/ de Serrano, 60). Dicha iniciativa, fruto en origen, del Servicio de Antigüedades Egipcias de El Cairo y la Staatliche Sammlung Ägyptischer Kunst de Munich, está dedicada a recaudar fondos para dedicar a la construcción de un nuevo Museo de Antigüedades Egipcias en El Cairo. La importancia de la exposición en cuestión, se comenta sola, toda vez que es la segunda que se celebra en España, de piezas de arte egipcio. La anterior, realizada desde Octubre de 1975 a Mayo de 1976, recogía una muy importante serie de obras procedentes del Museo de El Cairo, y el público celebró con su asistencia masiva dicho acontecimiento cultural.

El evento que hoy comentamos no carece de menor importancia. Cerca de un centenar son las piezas que se exhiben. El objeto central es la mujer en la sociedad faraónica, y en torno a ella gira la totalidad de lo expuesto. La importancia de la mujer durante todo el desarrollo de la Civilización Faraónica fue preeminente. El gran respeto de que gozaba y la alta consideración social que la rodeaban eran algo único en comparación con el resto de las civilizaciones históricas contemporáneas de la egipcia. En principio la asimilación de la mujer al culto de la diosa Madre ISIS, la convertía en la transmisora de la legitimidad, no sólo del poder real (puesto que el Faraón era HORUS sobre la Tierra), sino entre el mismo pueblo (los hijos tomaban el nombre de la

NOFRET LA BELLA



SALA DE EXPOSICIONES DE LA FUNDACIÓN CAJA DE PENSIONES

madre, nunca el del padre). El gran respeto que infundía la presencia de la madre en el culto Isíaco se trasladaba a las vivencias del pueblo egipcio y buena muestra de ello era la abundancia de diosas en el panteón egipcio, cuyas personalidades revisiten siempre carácter positivo y generalmente benéfico (a salvo la terrible SEKHMET, diosa de las enfermedades y la guerra).

Los egipcios eran grandes amantes y protectores de la vida, y en tanto que seres vitales imbricados en el principio de la eterna renovación hacían de los niños el objeto de sus cuidados y predilecciones. Si el niño era asimilado al dios HORUS-NIÑO, la madre lo era a la diosa HAT-HOR

(cuyo nombre significaba «la casa de Horus», en clara alusión a la función de la maternidad), que en ciertos aspectos se confundía con la diosa ISIS.

La exposición divide su temática en doce apartados referidos al hombre y la mujer; la madre y el hijo; la posición jurídica de la mujer; las sacerdotisas; la mujer en la Corte Real Egipcia; la vida cotidiana; el arte de la cosmética; la música y la danza; el erotismo; la indumentaria y ornamentos; las diosas, y finalmente la mujer en el arte.

Las relaciones entre hombre y mujer eran de práctica igualdad, entendidas entre gentes de la misma clase social. El matrimonio, generalmente monógamo, atribuía no obstante a la mujer el papel de «Dueña de la casa», y para el marido era «Su querida hermana». Desde siempre las relaciones entre el hombre y su esposa se representan íntimas y cordiales. Se les ve juntos de pie o sentados, enlazados por las manos o afectuosamente abrazados. El hombre y

la mujer formalizaban al momento del matrimonio un contrato en legal forma, que aseguraba a aquella la condición de primera esposa y herederos en el puesto de su padre a sus hijos y el pago de una altísima compensación económica en caso de disolución matrimonial. La mujer se ocupa de las labores domésticas y del cuidado de los hijos, mientras el hombre, labrador o funcionario, trabaja para el sustento del hogar. La Iconografía nos presenta a la mujer con la piel clara, en tanto que el color rojizo o moreno se reserva para el hombre. Para ilustrar las relaciones entre hombre y mujer, la exposición presenta seis piezas (números 1 al 6), consistentes en una represen-

tación de la diosa ISIS, dos grupos familiares, una estela de la XII Dinastía y una pareja de estatuas de caliza pintada, representando a un hombre y una mujer (de la V Dinastía).

En relación con el apartado Madre e hijo deberá recordarse que, como ya se ha dicho, ISIS, la madre de HORUS niño, representaba uno de los aspectos de la maternidad en el Egipto Faraónico.

Su Cosmogonía y culto estaban muy fuertemente arraigados en las creencias populares. Isis es la madre que protege a su hijo de las amenazas de Set mientras aquél es niño indefenso; igualmente le protege durante la estancia en los pantanos del Delta, lugar donde buscaron refugio madre e hijo a la muerte de Osiris; Isis castigó a una madre impía que no se apiadó de la diosa cuando pidió ayuda para su hijo.

Por todo ello, y porque para la familia egipcia los hijos eran una

bendición pedida a los dioses y altamente gratificante, la mujer se encargaba con sumo celo de la protección de sus hijos y todo conduce a pensar lo mucho que cuidaban de los niños; al momento del parto las madres invocaban a Tueris o Taweret, la grávida diosa hipopótamo, a quien se atribuía el poder de protección en los nacimientos junto con el simpático y deforme dios Bes. Para ilustrar tal apartado se exponen once piezas (nº 7 al 17). La número 10 es una estatua en esquisto verde de la diosa Tueris de la XXVI Dinastía, considerada sin discusión, como una obra de perfectísima ejecución, siguiendo la expresión de Auguste

Mariette. Encontrada en Karnak al norte del Gran Templo de Amón, fue dedicada a la diosa por el mayordomo de la divina adoratriz Nitocris (hija de Psamético I), llamada Pabasa.

La condición Jurídica de la mujer permitía una total igualdad y equiparación al hombre. Realmente no era una cuestión debatida. La mujer tenía total autonomía patrimonial, con plena capacidad de libre dispo-

Portadoras de ofrendas. Primer período intermedio (2.100 a.C.). Proceden de la tumba de Nakht (Assiut). Estatua de granito rosa de Hatshepsut Maat-Ka-Re, la Mujer-Faraón. XVIII Dinastía (1.465 a.C.). Procede de Karnak.



isición de sus bienes (que inventariaba al llevarlos al matrimonio), igualmente en cuanto a su capacidad para testar, que era libre e independiente de la del marido, a quien por otra parte, podría repudiar. Titular de plenos derechos accedía tanto a cargos de la administración (aunque no con carácter general, es cierto), como a la máxima altura del poder, llegando a ser reinas y Faraonas por sí solas algunas importantes mujeres. (Piezas números 21 a la 23).

Dedicadas a ilustrar la Sección «La Mujer en la Corte Real Egipcia», se exponen una serie de obras que podemos calificar, sin dudas, de las más sobresalientes de toda la exposición (números 23 al 38). Bajo el número 30, una hermosa estatua de cuerpo entero de la reina Hatshepsut, de granito rosa de Assuán, tocada con el Nemes y la barba real. La inclusión de esta pieza en la exposición revela la alta posición de la mujer en Egipto. Durante veintidos años esta reina dirigió los destinos de Egipto con muy positivos resultados, y asumiendo casi por entero el papel de hombre-faraón.

El retrato de Tiy, esposa Real de Amenofis III, en esteatita pizarrosa color verde oscuro, con restos de pan de oro en sus huecos, fue encontrado por F. Petrie en 1904 en el Templo de Hathor de Serabit-el-Khadem en el Sinaí. Es uno de los mejores retratos conocidos de la reina y el hecho de llevar grabado su nombre ha permitido la identificación de otros retratos realistas de la esposa de Amenofis III.

Otra pieza maestra, el boceto para un retrato de Nefertiti, sorprende por su estilo realista amarniense, y nos trae inmediatamente a la mente la incomparable cabeza de Berlín de la esposa del Rey-Hereje. Hay otra pieza que inevitablemente atrae por su belleza y colorido. Se trata del brazalete en oro con piedras semipreciosas (lapislázuli, turquesa y cornalina), que perteneció a la reina Ahhotep de la XVII Dinastía. Parte del famoso tesoro encontrado con la

momia de la reina por Mariette, en Febrero de 1859, contiene inscrito el nombre del primer faraón de la XVIII Dinastía, expulsor de los hicsos y creador del Imperio Nuevo, el faraón Ahmosis. (NEB-PEHTI-RE). La cabeza inacabada de la Reina Nefertiti, procedente del taller de Tutmosis en Tell-El-Amarna, convoca igualmente la admiración por la belleza que transmite. En este caso el descubrimiento correspondió al alemán L. Borchardt en la casa P.47.1 de la ciudad de AKHETATON durante la campaña de excavación de 1911-1912. La cabeza aún con restos de líneas, que denotan ser un proyecto, iría destinada a formar parte de una estatua compuesta. La gran expresión de tensión espiritual que muestra el retrato es, sin duda, su mayor mensaje. El sillón de la Princesa

Satamon, hija y probablemente esposa de Amenofis III, nos muestra el gran refinamiento del mobiliario de carácter cotidiano. En este caso se trata de un refinado trabajo en madera de cedro con figuras, jeroglíficos y guarnicionado de oro y plata. Fue encontrada entre el ajuar funerario de Yuya y Tuya, padres de la Gran Esposa Real Tiy. ¿Quizá una ofrenda de respetuoso afecto a sus abuelos maternos? Sólo el trono de Tutankhamon supera la sensación de alto lujo y refinamiento que esta preciosa pieza produce. También la vida cotidiana tiene su lugar en la exposición (número 39 al 44 del catálogo). Recreando las actividades diarias para su restauración en la vida del más allá por parte del difunto, han llegado hasta nosotros infinidad de estas estatuas modelo (casi todas ellas del Imperio Antiguo). La dama de la cerveza es una

Trono de la Gran Esposa Real Satamon.



pieza muy célebre entre todas ellas. Se ve a la señora de la casa en actitud de trabajar la masa de centeno con agua que al fermentar producirá la rica cerveza con que alegrar las fiestas y celebraciones. Las portadoras de Ofrendas están igualmente presentes en la mayoría de los enterramientos del primer período intermedio, a la caída del Imperio Antiguo y durante gran parte del Imperio Medio. Interpretadas en muchos casos como representaciones personificadas de las fincas o heredades en Egipto del difunto, le aportan lo necesario para su subsistencia en el más allá. De igual modo se ha querido ver en la manera de sujetar los ánades que llevan en las manos, algún tipo de combate o sujeción del caos primordial con el triunfo del Maat.

El arte de la Cosmética, la Música y la Danza, el erotismo y la indu-

mentaria y ornamentos ocupan los números 46 al 79 de las piezas expuestas. Todas estas manifestaciones son exponentes del alto refinamiento de la Civilización Faraónica. Basta con echar una ojeada al muestrario para convencernos. Las cucharas de ofrendas o de manejo de ungüentos. Las célebres nadadoras, muchachas desnudas que frágilmente agarradas a un ánade nos trasladan a las claras aguas de las albercas de las casas ricas, sirviendo de excusa estética para crear un instrumento útil y refinado, o los espejos siempre con simbología de regocijo y alegría (los dioses Bes y Hathor están siempre, o casi siempre, presentes en dichos objetos); los vidrios egipcios de ricos coloridos nos dicen mucho igualmente del gusto por el lujo de la mujer egipcia. El erotismo y la danza, sentimientos y expresiones íntimamente unidas se nos reflejan a través del sistro Hathórico, la refinada copa de plata con nadadoras en su interior o el chocante escorzo que representa la tañedora desnuda que recogida en el ostrakon, procedente de Deir-el-Medina que se exhibe bajo el número 68 del catálogo.

La diadema, el cinturón y el pectoral exhibidos bajo los números 75 al 77 del catálogo, nos ilustran de nuevo sobre el refinado arte de orfebrería y joyería en un período, que desde la XII Dinastía hasta la XXII, supone el transcurso de cerca de mil años.

La deliciosa cabeza de la diosa de la alegría Hathor, emblema de la exposición, cierra la colección de estas joyas exquisitas.

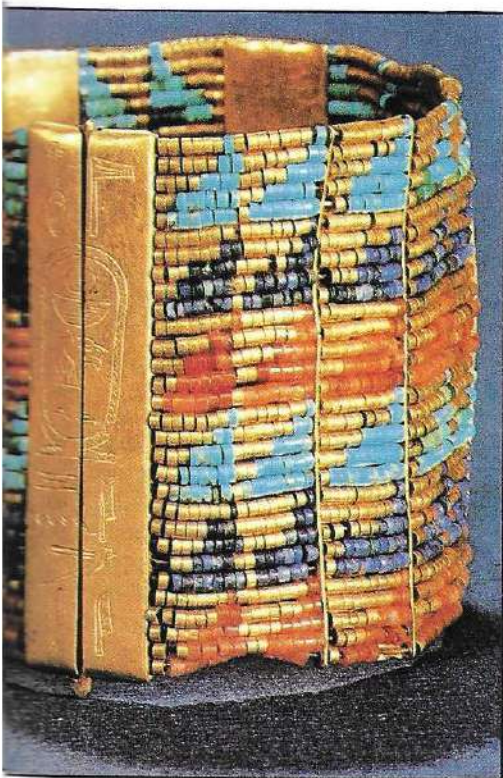
En la Sección dedicada a las diosas, representantes del principio femenino en el panteón egipcio y expresión de los más importantes principios conservadores y recreadores de la naturaleza, están presentes entre los objetos numerados del 79 al 90 de la exposición, diversas representaciones de las diosas Hathor, Bastet, Sekhmet y Neit. La primera diosa de la alegría, esposa de Horus de Edfú, la segunda, diosa gata de Bubastis, forma atenuada de la anterior y relacionada igualmente en

sentido benéfico con la terrible leona Sekhmet, esposa de Ptah de Menfis, y en fin, la industriosa Neit de Saïs portadora de la Corona Roja del Bajo País.

Bajo el epígrafe «La mujer en el arte», se concluye el contenido de la exposición reseñada; quizá fuera el resumen de toda ella; la mujer egipcia omnipresente en pie de igualdad en el desarrollo y elaboración de la gran empresa faraónica. A guisa de broche de lujo entre las piezas números 91 a 96, y con éste último ordinal, vuelve a exponerse en Madrid la maravillosa triada de Micerinos junto a la diosa Hathor y a la divinidad que representa el nomo número 17 de Licópolis (un chacal sentado sobre cuatro patas con larga cola y la pluma de Maat, encima de una pértiga, nos lo indica así). Esta pieza formaba parte de una serie de 42, que representaban los nomos de las dos Tierras, y fue hallada por **Reisner** en el Templo del Valle de Micerinos en Gizeh. Trabajada en esquisto nos traslada el retrato del rey, y con toda probabilidad el de su esposa Khamerer-Nefti II bajo el aspecto de las diosas que rodean y abrazan al monarca.

La Exposición comentada resulta ser un importantísimo acontecimiento cultural que distingue a Madrid como sede de la misma.

**Francisco J. Martín
Valentín**



Brazalete de la Reina Ahhotep.